

Culturas

BRAULIO GARCÍA JAÉN
MADRID

— ¿Tiene algún sentido hoy en día considerarse demócrata? La editorial francesa La Fabrique decidió plantear esa pregunta a ocho filósofos europeos y norteamericanos, dando por supuesto que la democracia era una de esas palabras (una realidad, por tanto) que goza hoy de un amplio consenso, al menos en Occidente. El resultado es un libro, recién traducido al español bajo el título *Democracia en suspenso* (Casus Belli), que desmiente radicalmente ese presupuesto: no sólo prueba que no está claro qué es eso que llamamos “democracia”, sino que sus mejores páginas aclaran también que ese desacuerdo, precisamente, es lo más democrático que hay. “No creo que exista consenso alguno, salvo el que pasa por dividir la noción misma”, responde el francés Jacques Rancière.

El mismo Rancière ya publicó hace cinco años un libro, *El odio a la democracia* (Amorrotu), para señalar que buena parte del discurso dominante, al contrario de lo que ocurría antes de la caída del muro de Berlín, “donde había claramente democracia por un lado y totalitarismo por el otro”, desconfía ahora de la misma democracia de la que se reclama. Para muchos intelectuales, “en todo el arco político, desde la derecha hasta la extrema izquierda”, insiste Rancière ahora, la democracia es sólo “el reino del individuo formatado como consumidor”.

Una palabra y dos cosas

Democracia en suspenso sirve para enfocar (¡para sospechar!) mejor algunos debates actuales: de la Constitución Europea a las relaciones entre las democracias occidentales y el capitalismo chino. Pero además recuerda que esa costumbre de desacreditar a una de las partes del conflicto acusándola de populista, cuando no directamente de delincuente, y de no atender a la razón y a la ley, sino a la ilimitada satisfacción de sus deseos (¿os sueña, internautas?), es un reproche tan viejo como la democracia misma. Tan viejo como Platón, al menos, que el también francés Alain Badiou repite aquí: “El sujeto democrático se constituye únicamente en relación con el goce”, escribe. ¿Por qué, sin embargo, esos reproches se hacen a su vez en nombre de la democracia?

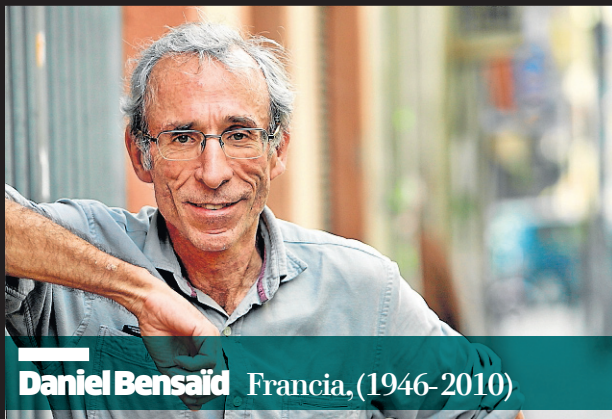
“Quienes hoy debaten acerca de la democracia designan cosas distintas con esa palabra”, apunta el filósofo italiano Giorgio Agamben, en un breve texto que sirve de introducción al volumen. Democracia, desde su origen ateniense, designa tanto “una técnica de gobierno” como “una forma de constitución del Esta-



Giorgio Agamben Italia, 1942



Alain Badiou Francia, 1937



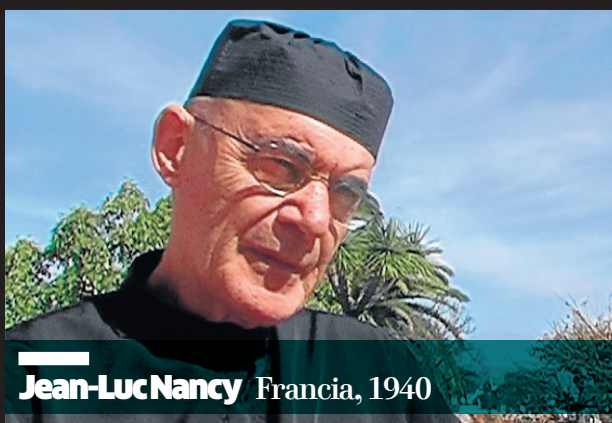
Daniel Bensaïd Francia, (1946-2010)



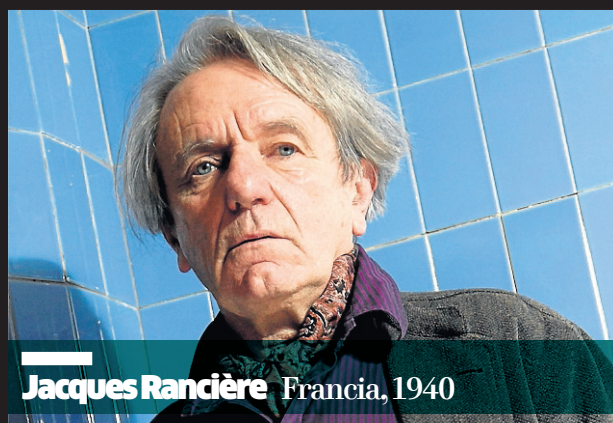
Wendy Brown Estados Unidos, 1955

Filósofos para una nueva democracia

Ocho pensadores occidentales reflexionan sobre el arrinconamiento de la soberanía popular en los regímenes parlamentarios actuales



Jean-Luc Nancy Francia, 1940



Jacques Rancière Francia, 1940



Kristin Ross Estados Unidos, 1953



Slavoj Žižek Eslovenia, 1949

Hay un dominio del gobierno y la economía sobre la soberanía popular

¿El poder del pueblo es sólo el reino del individuo consumidor?

China muestra que el capitalismo no necesita para nada la democracia

do”, de ahí que cada vez que se plantea un debate de fondo el malentendido parezca inevitable. Porque cada vez más el Estado, y sus portavoces gubernamentales, sólo aceptan la discusión respecto del funcionamiento y ejercicio del poder, no de su constitución. La soberanía popular, que en sus orígenes atenienses se presentaba directa y permanentemente, se representa ahora través de las urnas, cada cuatro años.

Constitución sin pueblo

Uno de los ejemplos de ese malentendido que mejor abordan algunos de los autores es el del Tratado de Lisboa de 2007, que sirvió para reformular la Constitución Europea rechazada por franceses y holandeses dos años antes. El nuevo Tratado cambió para seguir siendo lo mismo, pero luego ya sólo fue sometido a referéndum en Irlanda. “Los instrumentos son exactamente los mismos. El orden es la única variación introducida en esa caja de herramientas”, declaró por entonces uno de sus artífices, el ex presidente francés Valéry Giscard d’Estaing.

Aún así, el referéndum tuvo que repetirse, porque los irlandeses tuvieron la ocurrencia (¡tan poco democrática!) de rechazarlo. “Los irlandeses se lo deben todo a Europa, y no son conscientes de ello”, advirtió por entonces Daniel Cohn-Bendit, verde y europeísta. Los irlandeses, que ahora deben a Europa, además de “todo”, un préstamo bancario de 80.000 millones de euros, lo *entendieron* a la segunda. Y ganó el sí.

La Constitución europea no volvió a someterse a referéndum. “Existe, por tanto, una gran desconfianza que afecta incluso a esa misma votación, pese a que ella forme parte de la definición oficial de la democracia”, explica Rancière, que es el único que no responde a la pregunta de La Fabrique por escrito, sino entrevistado personalmente por el editor y escritor Eric Hazan. Y añade: “Hemos asistido asimismo al resurgir de los viejos discursos, hemos visto cómo Cohn-